

## RAMIRO LEDESMA RAMOS EN EL MITIN DE CÁCERES

### Guillén Salaya

EL año de 1933 es el año de la expansión «jonsista», ha escrito Ramiro. Efectivamente. «En ese año —hemos dicho en nuestro “Anecdotario de los J.O.N.S.”— se realiza la primera gran ofensiva contra el Gobierno republicano-marxista, y la fortuna pasó rauda y veloz como un vencejo caída en barreno, rizando el rizo de la salvación de España.»

Nos referimos a la publicación del primero y único número de «El Fascio», semanario redactado por Delgado Barreto, que oficiaba de director, y José Antonio, Ramiro, Juan Aparicio, Giménez Caballero y Sánchez Mazas, que componían el Consejo de Redacción. Julio Fuertes intervino asimismo en la redacción y confección de esa lanza bien templada del periodismo misional, que tuvo la virtud de encrespar a todas las fuerzas judío-marxistas de la antipatria.

En ese número colaboraron juntos, por vez primera, José Antonio y Ramiro, las falanges nonnantas y las J.O.N.S. precursoras y aguerridas, con su enhiesta bandera del nacionalsindicalismo.

El marxismo se rebeló violento, como un can rabioso ante la punzada de las primeras flechas yugadas en recio y unitario haz hispánico. Y consiguió del Gobierno, su lacayo, que impidiese la venta del periódico. No obstante, «El Fascio» se vendió corajudamente en Madrid y en provincias. Y selló en sus páginas la primera hermandad, obligada por la sangre y espíritu, de las J.O.N.S. con José Antonio, el creador y guía de la Falange.

El año crecía escuálido, y las garras del marxismo se iban clavando, cada vez más feroces, en el cuerpo tullido de la España en derrota. Si la flecha de «El Fascio» se había disparado en marzo —en su dieciocho día, desabrido y ventoso—, en julio, con su ardiente canícula, se lanzó una nueva saeta punzante al cubil del marxismo. Ramiro dio la orden de asaltar el camuflado fortín de «Los Amigos de la U.R.S.S.» Y tres muchachos jonsistas ocuparon valientemente, sin vacilar, la trinchera del comunismo, llevándose como trofeo, y para fines de investigación, el fichero de los españoles traidores, vendidos a Rusia o al servicio, por conciencia o estupidez, de los planes siniestros del comunismo.

Y en aquel año, también se llevó a cabo el asalto al «Fomento de Artes», entidad de la que se habían apoderado las Juventudes Socialistas.

Pero lo que se levanta como un hito divisorio en la Historia de España, fue como todos sabemos, el mitin de la Comedia, clarín de guerra para los españoles auténticos no contaminados, o que, aun engañados o en desvarío, conservaban enterrada en los recovecos de sus corazones sangre pura y tradicional de la grande España misionera. La voz de José Antonio rasgó ese día obtumbrino el velo de la aurora que anunciaba para nuestra Patria los soles del orden nuevo. Amanecía en España, porque una voz ungida con los dones y las virtudes de un invicto y legendario Capitán congregaba a los españoles bajo el arco de la unidad, para llevar a cabo, militarmente, religiosamente, las ingentes tareas que precisaba la resurrección de España. Al mitin acudieron los jonsistas con fervor y denuedo, llevando como guía a Ramiro, el genial precursor. Sonando la voz de José Antonio abrían las cinco rosas de la Falange; los pasquines jonsistas revoloteaban en el hemicycleo como palomas que acuden a batir las alas por la gloria del que ya era, con su sala presencia, el primer Jefe de Falange Española de las J.O.N.S.

Pero cúpleme hoy, en esta fecha, que es también aniversario de la muerte del creador del nacionalsindicalismo, de Ramiro, asesinado vilmente por orden del Gobierno rojo del Madrid moscovita, hacer la reseña de aquel mitin de Cáceres, olvidado en las páginas de nuestra Historia, y en el que Ledesma Ramos abrió los surcos de nuevo por donde discurría la voluntad de Imperio de España.

El mitin de Cáceres, que yo he llamado «el mitin de las cayadas», porque las huestes de Ramiro desfilaron por las calles cacereñas con el «as de bastos» en lo mano, apenas si logró el favor de una ligera diferencia en los periódicos matritenses. Empero, el mitin tuvo la importancia de congrega a miles de obreros y campesinos, cuyos nervios tremaron al sentirse removidos en su genio y solera hispánicos por la magistral lección que les ofreciera

Ramiro. «España —decía Ledesma, con su recia voz de ligero y agudo timbre metálico— no es sólo un pueblo que vira en torno de su eje, ensimismada en su persona, sino que requiere a la vez otro tipo de preocupaciones. Intervenciones decisivas de rango universal. Debemos recobrar el derecho a que la voz hispánica se oiga en Europa y signifique en el mundo una resonancia vigorosa y fuerte. Todo anda en fracaso por ahí, y España nace ahora con el compromiso de aportar nuevas eficacias.

.....

España tiene que ir en pos del Imperio y acostumar tu mirada a futuros gigantescos.»

Ramiro, con su perilla a lo Balbo, con su perfil agudo de quilla que abre senderos en los mares del futuro, con sus brazos en aspa como las recias alas de un molino, que hienden cual lanzas el corazón alocado del viento, volteaba su pasión ardida en los cangilones del destino hispánico.

Ramiro clamaba: «España, por naturaleza, esencia y potencio, es y tiene que ser un candidato al Imperio. España es un país de Universo, como las líneas cósmicas de Einstein. Sus rutas dan la vuelta al mundo como nuestros navegantes gloriosos.»

Los hombres varoniles de Cáceres, acostumbrados a oír el eco de las recias pisadas imperiales, y a columbrar soñadas lejanías de mares y de soles, y a sentir en sus venas el inapagado latido de la sangre conquistadora de los gloriosos antepasados, escuchaban a Ramiro con el alborozo de los que oyen la música de viejas canciones familiares.

El mitin, a puertas abiertas, tuvo un éxito resonante, y los marxistas cacereños, dueños de la ciudad y del agro, fueron batidos por el látigo inclemente de Ramiro. En las filas socialistas hubo una escisión, que produjo el canallesco peregrinaje por Madrid de un capitoste marxista en son de venta a los partidos de derechas de treinta mil votos, de treinta mil sufridos de ingenuos campesinas, por la suma de treinta mil pesetas. ¡A peseta el voto de aquellos pobres que ofrecían sus carnes desmayadas a la voracidad de la jauría comunista! Ningún partido, para honor suyo sea dicho, compró esas papeletas electorales, y el miserable «liderillo» hubo de volver, almacenando hieles, a seguir robando en los Jurados Mixtos de Naval Moral de la Mata, y a continuar embaucando y encizañando a los desgraciados braceros cacereños.

Pero la bandera del nacionalsindicalismo se alzaba ya bajo los cielos de Extremadura. Ramiro —como dijo José Antonio— abriera la primera brecha difícil en Cáceres. En ese Cáceres que tanto amara el Fundador de la Falange.

[Artículo publicado en *Aquí Estamos...*, revista mensual ilustrada de FET y de las JONS, n. 73, noviembre-diciembre 1941, 1 folio sin paginar]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO  
>DOCUMENTO N. 41